

El libro de Urantia

<< [Documento 156](#) | [Partes](#) | [Contenido](#) | [Documento 158](#) >>

Documento 157

En Cesarea de Filipo

157:0.1 (1743.1) ANTES de que Jesús se llevara a los doce para una breve estadía cerca de Cesarea Filipo, arregló por medio de los mensajeros de David un encuentro con su familia en Capernaum el domingo 7 de agosto. Según los planes, esta visita habría de ocurrir en el taller de barcas de Zebedeo. David Zebedeo concertó con Judá, el hermano de Jesús, que toda la familia de Nazaret se encontraría presente — María y todos los hermanos y hermanas de Jesús— y Jesús fue con Andrés y Pedro para este encuentro. Era indudablemente intención de María y de sus hijos concurrir a esta cita, pero sucedió que un grupo de fariseos, sabiendo que Jesús estaba del otro lado del lago en los dominios de Felipe, decidió visitar a María para averiguar lo que pudieran sobre las andanzas de Jesús. La llegada de estos emisarios de Jerusalén perturbó grandemente a María, y observando la tensión y nerviosidad de toda la familia, concluyeron que Jesús estaba por visitarlos. Por consiguiente se instalaron en la casa de María y, después de llamar refuerzos, esperaron pacientemente la llegada de

Jesús. Esto, naturalmente, impidió la partida de la familia para concurrir a la cita con Jesús. Varias veces durante ese día, tanto Judá como Ruth trataron de eludir la vigilancia de los fariseos para enviar un mensaje a Jesús, pero fue en vano.

157:0.2 (1743.2) Temprano esa tarde los mensajeros de David trajeron a Jesús el mensaje de que los fariseos estaban acampados en el umbral de la casa de su madre, y por lo tanto él no intentó visitar a su familia. Así pues nuevamente, y sin que fuese culpa de ninguna de las dos partes, Jesús y su familia terrenal no pudieron reunirse.

1. El Recolector de Impuestos del Templo

157:1.1 (1743.3) Mientras Jesús, con Andrés y Pedro, permanecía junto al lago cerca del taller de barcas, se les acercó un recolector de impuestos del templo y, reconociendo a Jesús, llamó a Pedro aparte y dijo: «¿Acaso no paga vuestro Maestro el impuesto del templo?» Pedro estuvo tentado de manifestar indignación ante la sugerencia de que Jesús debía contribuir al mantenimiento de las actividades religiosas de sus enemigos jurados, pero, observando la expresión peculiar del rostro del recolector de impuestos, supuso justamente que su propósito era atraparlos en el acto de negarse a pagar el acostumbrado medio siclo para el apoyo de los servicios del templo en Jerusalén. Por consiguiente, Pedro contestó: «Por supuesto, el Maestro paga el impuesto del templo. Espera junto al portón, enseguida volveré con el dinero».

157:1.2 (1743.4) Pero, Pedro había hablado sin pensar. Judas llevaba los fondos del grupo, y estaba del otro lado del lago. Ni él, ni su hermano ni Jesús habían traído dinero alguno. Sabiendo además que los fariseos los estaban buscando, no podían ir a Betsaida para obtener dinero. Cuando Pedro le contó a Jesús lo del recolector y que le había prometido el dinero, Jesús dijo: «Si has prometido, debes pagar. Pero ¿con qué cumplirás tu promesa? ¿Volverás a ser pescador para poder honrar tu palabra? Sin embargo, Pedro, está bien, que bajo las circunstancias pagaremos el impuesto. No demos a estos hombres ocasión alguna de que nuestra actitud los ofenda. Esperaremos aquí mientras tú vas con la barca y echas la red, y cuando hayas vendido los peces en el mercado de más allá, pagarás al recolector por nosotros tres».

157:1.3 (1744.1) El mensajero secreto de David, que estaba ahí cerca, oyó esta conversación, e hizo una seña a un asociado, que estaba pescando cerca de la costa, para que volviera pronto. Pedro se preparaba para salir a pescar en la barca, cuando este mensajero y su amigo pescador le dieron varias cestas grandes de peces y le ayudaron a llevarlas hasta el vendedor de pescado que estaba cerca, quien compró los peces, pagando suficiente más lo que agregó el mensajero de David, para pagar el impuesto del templo para los tres. El recolector aceptó el impuesto sin cobrar la multa por pago atrasado pues ellos habían estado ausentes de Galilea por un tiempo.

157:1.4 (1744.2) No es extraño que tengáis escritos que describen a Pedro pescando un pez que llevaba un siclo en la boca. En aquellos días eran muy comunes los relatos de tesoros encontrados en la boca de

los peces; estas narraciones de seudomilagros eran frecuentes. Así pues, cuando Pedro los dejó para dirigirse a la barca, Jesús observó, con cierto humorismo: «Es extraño que los hijos del rey deban pagar tributo; generalmente es el extranjero quien debe pagar el impuesto para mantener la corte; pero es bueno que no seamos un escollo para las autoridades. ¡Vete pues! tal vez pesques el pez que lleva un siclo en la boca». Habiendo pues hablado así Jesús, y habiendo regresado Pedro tan rápidamente con el impuesto para el templo, no es sorprendente que este episodio más tarde se convirtiera en un milagro, tal como se ve en las palabras del que escribió el evangelio según Mateo.

157:1.5 (1744.3) Jesús, con Andrés y Pedro, esperó junto a la orilla del mar prácticamente hasta el atardecer. Los mensajeros le trajeron el mensaje de que la casa de María aún seguía estando bajo vigilancia. Por consiguiente, cuando oscureció, los tres hombres que aguardaban subieron a su barca y lentamente remaron hacia la costa este del Mar de Galilea.

2. En Betsaida-Julias

157:2.1 (1744.4) El lunes 8 de agosto, mientras Jesús y los doce apóstoles estaban acampados en el parque de Magadán, cerca de Betsaida-Julias, más de cien creyentes, los evangelistas, el cuerpo de mujeres, y otros interesados en el establecimiento del reino, vinieron de Capernaum para conferenciar. También vinieron muchos de los

fariseos, al enterarse que Jesús estaba allí. A estas alturas, algunos de los saduceos se habían unido a los fariseos en sus esfuerzos por atrapar a Jesús. Antes de comenzar una conferencia a puertas cerradas con los creyentes, Jesús celebró una reunión pública en la que estuvieron presentes los fariseos, que provocaron al Maestro y de otras maneras trataron de alborotar la asamblea. Dijo el dirigente de estos alborotadores: «Maestro, nos gustaría que nos divulgues qué será el signo de tu autoridad para enseñar, y luego, cuando éste ocurra, todos los hombres sabrán que has sido enviado por Dios». Y Jesús les respondió: «Cuando cae la noche, vosotros decís que hará buen tiempo, porque el cielo está rojo. Por la mañana hará mal tiempo, porque el cielo está rojo y bajo. Cuando veis una nube que sube al oeste, decís que lloverá; cuando el viento sopla del sur, decís que hará gran calor. ¿Cómo puede ser que sepáis tan bien discernir el rostro del cielo, pero seáis tan totalmente incapaces de discernir los signos de los tiempos? Los que quieren conocer la verdad, ya han recibido un signo; pero ningún signo será otorgado a una generación de gente malévola e hipócrita».

157:2.2 (1745.1) Después de hablar así, Jesús se retiró y se preparó para la conferencia de la noche con sus seguidores. En esta conferencia se decidió emprender una misión unida por todas las ciudades y aldeas de la Decápolis en cuanto Jesús y los doce retornaran de su propuesta visita a Cesarea de Filipo. El Maestro participó en este planeamiento para la misión en la Decápolis y, despidiendo al grupo, dijo: «Yo os digo, cuidaos del fermento de los fariseos y los saduceos. No os engaños por su exhibición de gran conocimiento y por su

profunda lealtad a las formas de la religión. Preocupaos solamente por el espíritu de la verdad viviente y el poder de la religión verdadera. No es el temor de una religión muerta lo que os salvará, sino más bien vuestra fe en una experiencia viviente de las realidades espirituales del reino. No os dejéis engeñecer por el prejuicio ni paralizar por el miedo. Tampoco permitáis que la reverencia por las tradiciones tanto pervierta vuestra comprensión que vuestros ojos no vean y vuestros oídos no oigan. No es propósito de la religión verdadera simplemente traer paz, sino más bien, asegurar el progreso. No puede haber paz en el corazón ni progreso en la mente, a menos que os enamoréis de todo corazón de la verdad, de los ideales de las realidades eternas. Los asuntos de la vida y de la muerte se exponen ante vosotros —los placeres pecaminosos del tiempo contra las realidades justas de la eternidad. Aun ahora, deberíais comenzar a liberaros de la esclavitud del temor y de la duda al entrar a vivir una nueva vida de fe y esperanza. Cuando los sentimientos del servicio para con vuestros semejantes surjan en vuestra alma, no los ahoguéis; cuando las emociones del amor por vuestro prójimo desborden en vuestro corazón, expresad estos impulsos de afecto en un ministerio inteligente de las necesidades auténticas de vuestros semejantes».

3. La Confesión de Pedro

157:3.1 (1745.2) El martes por la mañana temprano, Jesús y los doce apóstoles partieron del parque de Magadán hacia Cesarea de Filipo, la capital del dominio del tetrarca Felipe. Cesarea de Filipo estaba situada en una región de gran belleza, anidada en un valle encantador, entre pintorescas colinas, allí donde el Jordán surgía de su curso de una caverna subterránea. Las alturas del Monte Hermón estaban a plena vista hacia el norte, mientras que las colinas hacia el sur ofrecían una vista maravillosa de la porción superior del Jordán y del Mar de Galilea.

157:3.2 (1745.3) Jesús había ido al Monte Hermón en su primera experiencia con los asuntos del reino, y ahora, al ingresar en la etapa final de su obra, deseaba retornar a este monte de prueba y triunfo, donde esperaba que los apóstoles pudieran alcanzar una nueva visión de sus responsabilidades y adquirir nuevas fuerzas para los tiempos difíciles que se avecinaban. Al viajar por el camino, aproximadamente cuando estaban por pasar al sur de las Aguas de Merom, los apóstoles empezaron a conversar entre ellos sobre las recientes experiencias en Fenicia y en otros lugares y a relatar cómo había sido recibido su mensaje, y de qué manera consideraban al Maestro los diferentes pueblos.

157:3.3 (1745.4) Al pausar para almorzar, Jesús repentinamente planteó a los doce la primera pregunta sobre sí mismo que jamás les hubiera dirigido. Les hizo esta sorprendente pregunta: «¿Quién dicen los hombres que soy yo?»

157:3.4 (1746.1) Jesús había pasado largos meses enseñando a estos apóstoles sobre la naturaleza y carácter del reino del cielo, y bien

sabía que había llegado el momento en que debía comenzar a enseñarles más sobre su propia naturaleza y su relación personal con el reino. Ahora pues, mientras estaban todos ellos sentados bajo las moreras, el Maestro se preparó para celebrar una de las más importantes sesiones de su larga asociación con los apóstoles elegidos.

157:3.5 (1746.2) Más de la mitad de los apóstoles participaron en responder a la pregunta de Jesús. Le dijeron que era considerado un profeta o un hombre extraordinario por todos quienes lo conocían; que aun sus enemigos mucho le temían, explicando su poder por la acusación de que estaba aliado con el príncipe de los diablos. Le dijeron que algunos en Judea y Samaria que no lo habían conocido personalmente, creían que era Juan el Bautista resucitado. Pedro explicó que Jesús había sido comparado, en diversos momentos y por personas distintas, con Moisés, Elías, Isaías y Jeremías. Cuando Jesús escuchó este informe se puso de pie, y bajando la mirada a los doce sentados a su alrededor en semicírculo, con énfasis sorprendente los señaló con un gesto amplio de la mano y preguntó: «Pero, ¿quién decís vosotros que soy yo?» Hubo un momento de tenso silencio. Los doce no le quitaron los ojos de encima al Maestro. Luego Simón Pedro, incorporándose de un salto, exclamó: «Tú eres el Liberador, el Hijo del Dios viviente». Y los once apóstoles sentados se pusieron de pie al unísono, indicando de esta manera que Pedro había hablado por todos ellos.

157:3.6 (1746.3) Después de señalarles Jesús que se sentaran nuevamente, estando él aún de pie frente a ellos, dijo: »Esto os ha

sido revelado por mi Padre. Ha llegado la hora de que vosotros conozcáis la verdad sobre mí. Pero, por ahora, os encargo que no digáis nada de esto a ningún hombre. Vayámonos de aquí».

157:3.7 (1746.4) Así pues reanudaron su viaje a Cesarea de Filipo.

Llegaron tarde esa noche y se alojaron en la casa de Celsus, quien los estaba esperando. Los apóstoles durmieron poco esa noche; parecían sentir que había ocurrido un acontecimiento trascendental en su vida y en la obra del reino.

4. La Conversación Sobre el Reino

157:4.1 (1746.5) Desde el momento en que Jesús fue bautizado por Juan, y después de la transformación del agua en vino en Caná, los apóstoles virtualmente lo habían aceptado, en varias ocasiones, como el Mesías. Por cortos períodos, algunos de ellos habían creído sinceramente que él era el Liberador esperado. Pero si bien surgían esas esperanzas en su corazón, el Maestro las hacía añicos mediante una palabra devastadora o una acción desilusionante. Hacía mucho tiempo que vivían ellos en un torbellino constante debido al conflicto entre el concepto del Mesías esperado que tenían en su mente y la experiencia de su asociación extraordinaria con este hombre que llevaban en el corazón.

157:4.2 (1746.6) Era tarde por la mañana de este miércoles cuando los apóstoles se reunieron en el jardín de Celsus para almorzar. Durante buena parte de la noche y desde que se levantaron esa mañana,

Simón Pedro y Simón el Zelote se habían empeñado en convencer a sus hermanos de que aceptaran al Maestro de todo corazón, no solamente como el Mesías, sino también como el Hijo divino del Dios viviente. Los dos Simones estaban casi completamente de acuerdo en su estimación de Jesús, y trabajaron diligentemente para convencer a sus hermanos de que aceptaran plenamente su punto de vista. Aunque Andrés continuaba siendo el director general del cuerpo apostólico, su hermano Simón Pedro se estaba volviendo cada vez más, por consentimiento general, el portavoz de los doce.

157:4.3 (1747.1) Estaban todos sentados en el jardín a eso del mediodía, cuando apareció el Maestro. Todos ellos lucían una expresión solemne y digna, y todos se pusieron de pie cuando él se acercó. Jesús alivió la tensión con esa sonrisa fraternal y amistosa tan característica en él toda vez que sus seguidores se tomaban a sí mismos, o tomaban un acontecimiento con ellos relacionado, demasiado en serio. Con un gesto perentorio indicó que se sentaran. Nunca más recibieron los doce a su Maestro poniéndose de pie al aparecer él ante ellos. Se dieron cuenta de que no le agradaban esas muestras exteriores de respeto.

157:4.4 (1747.2) Después de compartir el almuerzo y de discutir los planes para la gira venidera de la Decápolis, Jesús inesperadamente fijó en ellos la mirada diciendo: «Ya que ha pasado un día entero desde que estuvisteis de acuerdo con la declaración de Simón Pedro sobre la identidad del Hijo del Hombre, deseo preguntaros si vuestra decisión aún es la misma». Al oír esto, los doce se pusieron de pie, y Simón Pedro, adelantándose unos pocos pasos hacia Jesús, dijo: «Sí,

Maestro, sí. Creemos que tú eres el Hijo del Dios viviente». Y enseguida Pedro se sentó con sus hermanos.

157:4.5 (1747.3) Jesús, aún de pie, dijo entonces a los doce: «Sois mis embajadores elegidos, pero sé que, en estas circunstancias, no podéis basar esta creencia en un simple conocimiento humano. Ésta es una revelación del espíritu de mi Padre a vuestra alma más íntima. Así pues, al hacer vosotros esta confesión por el entendimiento del espíritu de mi Padre que reside en vosotros, me veo llevado a declarar que sobre estos cimientos construiré yo la hermandad del reino del cielo. Sobre esta roca de realidad espiritual construiré el templo viviente de la hermandad espiritual en las realidades eternas del reino de mi Padre. Ninguna fuerza del mal, ninguna hueste del pecado podrá prevalecer contra esta fraternidad humana del espíritu divino. Aunque el espíritu de mi Padre por siempre será la guía divina y el mentor de todos los que abrazan el vínculo de la hermandad espiritual, a vosotros y a vuestros sucesores entrego yo ahora las llaves del reino exterior —la autoridad sobre las cosas temporales —las características sociales y económicas de esta asociación de hombres y mujeres, como hermanos en el reino». Nuevamente les ordenó que por el momento no dijeran a ningún hombre que él era el Hijo de Dios.

157:4.6 (1747.4) Jesús estaba empezando a tener confianza en la lealtad e integridad de sus apóstoles. El Maestro comprendía que una fe capaz de soportar lo que sus representantes elegidos tan recientemente habían tenido que pasar, sobrellevaría indudablemente las duras

pruebas que se aproximaban y emergería del naufragio aparente de todas sus esperanzas, a la nueva luz de una nueva dispensación, pudiendo así salir para iluminar un mundo envuelto en tinieblas. En este día el Maestro comenzó a creer en la fe de sus apóstoles, salvo uno.

157:4.7 (1747.5) Y desde entonces ha estado Jesús construyendo ese templo viviente sobre los mismos cimientos eternos de su filiación divina, y los que así llegan a tener autoconciencia de que ellos son hijos de Dios son las piedras humanas que integran este templo viviente de filiación, erigido para glorificar y honrar la sabiduría y el amor del Padre eterno de los espíritus.

157:4.8 (1747.6) Y cuando Jesús hubo así hablado, ordenó a los doce que se retiraran a solas, en las colinas, para procurar sabiduría, fuerza y guía espiritual hasta la hora de la comida vespertina. Así pues hicieron ellos lo que el Maestro les advirtió.

5. El Nuevo Concepto

157:5.1 (1748.1) La característica nueva y vital de la confesión de fe de Pedro fue el reconocimiento claro de que Jesús era el Hijo de Dios, de su divinidad incuestionable. Desde su bautismo y la boda de Caná, estos apóstoles le consideraban de varias maneras el Mesías, pero no formaba parte del concepto judío del libertador nacional, que él fuera *divino*. Los judíos no habían enseñado que el Mesías surgiría de la

divinidad; él sería «el ungido», pero apenas si habían considerado que era «el Hijo de Dios». En la segunda confesión, se subrayó el hecho de la *naturaleza combinada*, la realidad excelsa de que él era a la vez el Hijo del Hombre y el Hijo de Dios, y sobre esta gran verdad de la unión de la naturaleza humana con la naturaleza divina declaró Jesús que construiría el reino del cielo.

157:5.2 (1748.2) Jesús había tratado de vivir su vida en la tierra y completar su misión de autotorgamiento como el Hijo del Hombre. Sus seguidores se inclinaban a considerarlo el Mesías esperado. Sabiendo que no satisfaría jamás esas expectativas mesiánicas, él intentó modificar el concepto de ellos sobre el Mesías en una forma que le permitiera satisfacer parcialmente las ansias de ellos. Pero ahora se había dado cuenta de que ese plan casi no podía ser llevado a cabo con éxito. Por consiguiente, eligió audazmente revelar un tercer plan —anunciar abiertamente su divinidad, reconocer la verdad de la confesión de fe de Pedro, y proclamar directamente a los doce que él era el Hijo de Dios.

157:5.3 (1748.3) Durante tres años había proclamado Jesús que él era el «Hijo del Hombre» mientras que durante esos mismos tres años, los apóstoles insistieron en opinar con creciente convencimiento que él era el Mesías judío esperado. Ahora pues, él revelaba que era el Hijo de Dios, y que construiría el reino del cielo sobre el concepto de la *naturaleza combinada* del Hijo del Hombre y del Hijo de Dios. Había decidido que ya no se esforzaría por convencerlos de que él no era el Mesías. Se proponía en cambio revelar audazmente lo que él

es, sin prestar atención a la determinación de ellos de persistir en considerarlo el Mesías.

6. La Tarde Siguiente

157:6.1 (1748.4) Jesús y los apóstoles permanecieron otro día en la casa de Celsus, esperando a los mensajeros con algún dinero, enviados por David Zebedeo. Después del colapso de la popularidad de Jesús, los ingresos disminuyeron considerablemente. Cuando llegaron a Cesarea de Filipo, el tesoro estaba vacío. Mateo no quería abandonar a Jesús y a sus hermanos en ese momento, y no disponía de fondos propios para entregar a Judas, como lo había hecho tantas veces anteriormente. Sin embargo, David Zebedeo previó esta probable disminución de los ingresos; por lo tanto instruyó a sus mensajeros que, mientras se abrían camino a través de Judea, Samaria y Galilea, actuaran como recolectores de dinero para llevarlo a los apóstoles y a su Maestro exiliados. Así pues, por la noche de ese día, los mensajeros llegaron de Betsaida trayendo fondos suficientes para el sostén de los apóstoles hasta su retorno, antes de embarcarse en la gira por la Decápolis. Mateo calculaba que para entonces tendría un dinero proveniente de la venta de su última propiedad en Capernaum y ya había dispuesto que ese dinero fuera entregado anónimamente a Judas.

157:6.2 (1749.1) Ni Pedro ni los demás apóstoles tenían un concepto adecuado de la divinidad de Jesús. Apenas si comprendían que éste

era el comienzo de una nueva época en la carrera terrenal de su Maestro, el tiempo en que el instructor-curador se transformaría en el Mesías según un nuevo concepto —el Hijo de Dios. De ahí en adelante apareció en el mensaje del Maestro una nueva nota. De aquí en adelante su único ideal del vivir fue la revelación del Padre, y la única idea en enseñar, la de presentar a su universo la personificación de esa sabiduría suprema que tan sólo puede ser comprendida si se la vive. Él vino, para que podamos tener vida y tenerla más abundantemente.

157:6.3 (1749.2) Ya pues entraba Jesús en la cuarta y última etapa de su vida humana en la carne. La primera etapa fue la de su niñez, un período en el que tan sólo tenía una conciencia nebulosa de su origen, naturaleza y destino como ser humano. La segunda etapa correspondió a los años de desarrollo de la autoconciencia, su juventud y su ingreso en la edad adulta, durante la cual comprendió más claramente su naturaleza divina y su misión humana. Esta segunda etapa finalizó con las experiencias y revelaciones asociadas con su bautismo. La tercera etapa de la experiencia terrenal del Maestro se extendió desde el bautismo, a través de los años de su ministerio como Maestro y curador, hasta el momento importante de la confesión de fe de Pedro, en Cesarea de Filipo. Este tercer período de su vida terrenal comprendió la época en que sus apóstoles y seguidores inmediatos le conocieron como el Hijo del Hombre y le consideraron el Mesías. El cuarto y último período de su carrera terrenal comenzó aquí, en Cesarea de Filipo, continuando hasta la crucifixión. Esta etapa de su ministerio fue caracterizada por su

reconocimiento de una divinidad, y comprendió las labores de su último año en la carne. Durante este cuarto período, aunque la mayoría de sus seguidores aún le consideraban el Mesías, fue conocido por los apóstoles como el Hijo de Dios. La confesión de Pedro marcó el comienzo de un nuevo período de mayor comprensión de la verdad de su ministerio supremo para todo un universo como Hijo autotorgador en Urantia, y el reconocimiento de ese hecho, por lo menos en forma nebulosa, por parte de sus embajadores elegidos.

157:6.4 (1749.3) Así pues ejemplificó Jesús en su vida lo que enseñó en su religión: el crecimiento de la naturaleza espiritual mediante la técnica del progreso del vivir. No hizo hincapié, aunque sí lo hicieron sus seguidores más adelante, sobre la lucha incesante entre el alma y el cuerpo. Más bien enseñó que el espíritu vencerá fácilmente a los dos y reconciliará eficaz y provechosamente muchos de los elementos de esta guerrilla entre intelecto e instinto.

157:6.5 (1749.4) A partir de este momento se vincula una nueva significación a todas las enseñanzas de Jesús. Antes de Cesarea de Filipo, él explicó el evangelio del reino presentándose como su instructor principal. Después de Cesarea de Filipo, ya no apareció meramente como maestro, sino como representante divino del Padre eterno que es el centro y circunferencia de este reino espiritual; y fue necesario que hiciera todo esto como ser humano, como el Hijo del Hombre.

157:6.6 (1749.5) Jesús había intentado sinceramente conducir a sus seguidores al reino espiritual actuando como instructor, luego como instructor-curador, pero no hubo caso. Bien sabía que su misión en la tierra no podría de ninguna manera satisfacer las expectativas mesiánicas del pueblo judío; los antiguos profetas habían concebido a un Mesías que él jamás podría ser. Intentó establecer el reino de su Padre actuando como Hijo del Hombre, pero sus seguidores no pudieron seguirlo en esa senda. Jesús viendo esto, decidió pues salir al encuentro de sus creyentes, preparándose así para asumir abiertamente el papel de Hijo de Dios autootorgador.

157:6.7 (1750.1) Por lo tanto, este día en el jardín, los apóstoles escucharon de Jesús muchas cosas nuevas. Algunas de sus declaraciones les resultaban extrañas aun a ellos. Entre otros anuncios sorprendentes escucharon declaraciones como las siguientes:

157:6.8 (1750.2) «De ahora en adelante, si un hombre quiere asociarse con nosotros, que cargue con las obligaciones de la filiación y que me siga. Cuando ya no esté con vosotros, no penséis que el mundo os tratará mejor de lo que trató a vuestro Maestro. Si me amáis, preparaos para poner a prueba este afecto mediante vuestra disposición a hacer el sacrificio supremo».

157:6.9 (1750.3) «Y prestad oído a mis palabras: no he venido para llamar a los rectos, sino a los pecadores. El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para otorgar su vida como don para

todos. Yo os declaro que he venido para buscar y salvar a los que están perdidos».

157:6.10 (1750.4) «En este mundo ningún hombre ve al Padre ahora, excepto el Hijo que vino del Padre. Pero si el Hijo es elevado, atraerá a todos los hombres hacia él, y el que crea esta verdad de la naturaleza combinada del Hijo, tendrá una vida más perdurable, una vida que transcenderá las edades».

157:6.11 (1750.5) «Aún no podemos proclamar abiertamente que el Hijo del Hombre es el Hijo de Dios, pero esto ya os ha sido revelado; por eso os hablo audazmente en cuanto a estos misterios. Aunque estoy ante vosotros en esta presencia física, he venido de Dios el Padre. Antes de que Abraham fuese, yo soy. Yo he venido del Padre a este mundo así como me habéis conocido, y os declaro que pronto debo partir de este mundo y retornar a la obra de mi Padre».

157:6.12 (1750.6) «Ahora pues, ¿puede comprender vuestra fe la verdad de estas declaraciones, si tenéis presente mi advertencia de que el Hijo del Hombre no satisfecerá las expectativas de vuestros antepasados y de su concepto del Mesías? Mi reino no es de este mundo. ¿Podéis creer la verdad sobre mí, si tenéis presente que los zorros tienen guaridas y las aves del cielo nidos, pero yo no tengo dónde recostar la cabeza?»

157:6.13 (1750.7) «Sin embargo, yo os digo que el Padre y yo somos uno. El que me ha visto a mí, ha visto al Padre. Mi Padre trabaja conmigo en todas estas cosas, y jamás me dejará solo en mi misión, así como

yo nunca os abandonaré cuando finalmente salgáis para proclamar este evangelio por todo el mundo.

157:6.14 (1750.8) «Así pues, os he traído aquí conmigo y os he pedido que os apartéis a solas un corto período para que podáis comprender la gloria, entender la grandeza, de la vida a la cual os he llamado: la fe-aventura del establecimiento del reino de mi Padre en el corazón de la humanidad, la construcción de mi hermandad de asociación viviente con las almas de todos los que creen en este evangelio».

157:6.15 (1750.9) Los apóstoles escucharon en silencio estas declaraciones audaces y sorprendentes; estaban pasmados. Se dispersaron luego en pequeños grupos para reflexionar y comentar las palabras del Maestro. Habían confesado que él era el Hijo de Dios, pero no podían captar plenamente el significado de lo que habían sido conducidos a hacer.

7. Los Diálogos de Andrés

157:7.1 (1750.10) Esa noche Andrés decidió celebrar diálogos personales indagatorios con cada uno de sus hermanos, y tuvo conversaciones provechosas y consoladoras con todos sus asociados, excepto con Judas Iscariote. Andrés no había tenido nunca con Judas la asociación personal e íntima que compartía con los demás apóstoles; por consiguiente, no le había dado importancia al hecho de que Judas no abría nunca su corazón libre y confidencialmente al jefe del

cuerpo apostólico. Pero en esta ocasión estaba Andrés tan preocupado por la actitud de Judas que, más tarde esa noche, cuando todos los apóstoles estuvieron profundamente dormidos, buscó a Jesús y le planteó la causa de su ansiedad. Dijo Jesús: «No es erróneo, Andrés, que tú vengas a mí con este asunto; pero ya no podemos hacer nada más. Tan sólo sigue brindándole la máxima confianza a este apóstol. Y nada digas a tus hermanos sobre esta conversación conmigo».

157:7.2 (1751.1) Esto fue todo lo que pudo sacarle Andrés a Jesús.

Siempre había habido una sensación extraña entre este judío y sus hermanos galileos. Judas mucho sufrió por la muerte de Juan el Bautista, se sintió gravemente herido por los reproches del Maestro en varias ocasiones, sufrió gran desencanto cuando Jesús se negó a ser rey, se sintió humillado cuando Jesús huyó de los fariseos, dolorido porque se negó a aceptar el desafío de los fariseos que le pedían un signo, confundido porque su Maestro no quería manifestar su poder, y más recientemente, deprimido y a veces desalentado porque las arcas estaban vacías. Además, Judas extrañaba el estímulo de las multitudes.

157:7.3 (1751.2) Los demás apóstoles también estaban afectados en mayor o menor grado por estas mismas pruebas y tribulaciones, pero amaban a Jesús. Por lo menos, deben haber amado al Maestro más de lo que lo amaba Judas, porque le siguieron hasta el amargo fin.

157:7.4 (1751.3) Siendo de Judea, Judas tomó como ofensa personal la reciente advertencia de Jesús a los apóstoles, «guardaos del fermento de los fariseos»; se inclinaba a considerar esta declaración

como una referencia velada a él mismo. Pero el gran error de Judas fue: una y otra vez, cuando Jesús enviaba a sus apóstoles a que oraran a solas, Judas, en vez de buscar una comunión sincera con las fuerzas espirituales del universo, se dejaba llevar por pensamientos basados en el temor humano y persistía en albergar dudas insidiosas sobre la misión de Jesús, dejándose llevar por su tendencia desafortunada a cobijar sentimientos de venganza.

157:7.5 (1751.4) Ahora pues, Jesús quería llevar a sus apóstoles consigo al Monte Hermón, donde había decidido inaugurar la cuarta fase de su ministerio terrenal como Hijo de Dios. Algunos de ellos habían estado presentes en su bautismo en el Jordán y habían presenciado el comienzo de su carrera como Hijo del Hombre, y él deseaba que algunos de ellos también estuvieran presentes para escuchar su autoridad para la asunción del nuevo y público papel de Hijo de Dios. Por consiguiente, en la mañana del viernes 12 de agosto, Jesús dijo a los doce: «Preparad provisiones y preparaos para viajar allende la montaña, donde el espíritu me pide que vaya para ser provisto para terminar mi obra en la tierra. Y deseo llevar conmigo a mis hermanos para que también puedan ser fortalecidos para los tiempos difíciles de esta experiencia que se aproxima».